

Guillermo Toriello: canciller de la dignidad

Por *Víctor Manuel RAMOS**

*El ejército ha sido siempre, por desgracia,
factor determinante de carácter regresivo
en la política nacional.*

Guillermo Toriello

TRES ACONTECIMIENTOS fijaron mi rumbo ideológico mientras terminaba la escuela primaria en Jesús de Otoro, Intibucá, Honduras, y continuaba la secundaria en La Esperanza, Intibucá: el triunfo de la Revolución Cubana con Fidel como líder, el golpe de Estado en contra del presidente hondureño Ramón Villeda Morales (yo vi, en la sede de la Policía, los cadáveres de los guardias desarmados asesinados) y el magnicidio de John F. Kennedy. Tras el golpe de Estado, el colegio fue tomado por los militares que, matriculados en todas las secciones, hacían el papel de orejas y delataban a los estudiantes en la oficina del coronel golpista, acusándolos de comunistas. Mis compañeros y yo admirábamos a los muchachos que estudiaban en la Universidad. Los esperábamos en las vacaciones para que nos contaran de sus trabajos, de sus luchas estudiantiles: las huelgas en contra de los atropellos, los enfrentamientos con la policía, los considerandos, la celebración del día del estudiante, el periódico *El Tornillo sin Fin...* Recuerdo a tres: Donald Argueta, Leónidas Flores y Hernán Mejía Nieto.

Hernán me prestó un libro trascendental: *La batalla de Guatemala*, de Guillermo Toriello, más conocido ahora como el canciller de la dignidad, publicado en México en 1955 por la prestigiosa revista *Cuadernos Americanos*. Ese libro lo devoré con un interés inusitado. Se trata de un alegato formidable. En sus páginas, el canciller de la Revolución de Octubre en Guatemala durante el gobierno de Jacobo Árbenz, relata con lujo de detalles todas las argucias y atropellos cometidos por la United Fruit Co. (UFCO), el Departamento de Estado norteamericano y la Organización de Estados Americanos con su manada de países tiránicos sometidos

* Escritor y poeta hondureño; e-mail: <vmramos238@gmail.com>.

a los yanquis (desde entonces en andanzas turbias la OEA) para levantar una nube de confusión sobre lo que acontecía en Guatemala. La situación que imperaba condujo al golpe de Estado en contra de Árbenz en 1954 y a la Revolución Guatemalteca. En el mismo libro pude enterarme del triste papel de sometido que alcanzó Juan Manuel Gálvez, entonces presidente designado en Honduras por la UFCO, posición que adquiere por haberse desempeñado como abogado de la compañía frutera, de la cual era fiel servidor. Gálvez permitió que en Honduras, con la complicidad del tirano nicaragüense Anastasio Somoza y el respaldo de la UFCO y el Departamento de Estado norteamericano (John Foster Dulles era abogado de la empresa), se entrenara el contingente que invadió Guatemala al mando de Carlos Castillo Armas, quien fracasa en su intento pero logra que el golpe se ejecute gracias a la traición del ejército (traidores los militares, como siempre). A partir de ese acontecimiento sangriento en contra del pueblo guatemalteco, la paz no ha retornado al país. Se han sucedido en el gobierno militares evangélicos asesinos, autores de genocidios, y civiles domados por los intereses de la gran burguesía rural y urbana de ese hermano país sometido a los intereses norteamericanos.

Voy a resumir algunos de los aspectos más trascendentales del libro:

En 1944 Guatemala era un país en lamentable atraso y sometimiento. Reinaba casi una esclavitud de los campesinos e indígenas. Los indicadores económicos y de bienestar humano eran tremendamente alarmantes. El país estaba en manos de la UFCO a través de los monopolios bananero, energético y ferrocarrilero. En esas circunstancias se produce la Revolución de Octubre (20 de octubre de 1944) que abrió el camino hacia la auténtica liberación del país.

La Revolución fortaleció la democracia, restituyó la libertad, puso el poder político al servicio del pueblo, respetó la libertad de expresión y la libertad de cultos, estableció el voto de la mujer y lo otorgó también a los analfabetas, instituyó la alternabilidad en el poder y autorizó la rebelión popular. Se confirió dignidad a los trabajadores, se promulgó el Código de Trabajo y la libertad de organización sindical, se estableció el Seguro Social y se mejoró la atención en salud. Se construyeron innumerables escuelas y normales rurales, se dignificó al maestro y se decretó el escala-

fón; se impulsó la alfabetización y se concedió autonomía a la Universidad (los estudiantes pequeñoburgueses luego traicionaron a la Revolución), se creó la Universidad Popular y la Escuela de Bellas Artes. El logro más importante, por el que los norteamericanos pusieron un grito en el cielo, fue la reforma agraria que expropió tierras incultas a la UFCO, tierras obtenidas sin pagar ni un centavo, regaladas por los cipayos gobernantes, y que fueron indemnizadas a la compañía con bonos de la reforma agraria. Con una política internacional de avanzada, la Revolución defendió la autodeterminación de los pueblos, la democracia representativa y participativa, la independencia y contribuyó a la fundación de la Organización de las Naciones Unidas.

Antes de la Revolución la UFCO era prácticamente dueña de Guatemala y los gobernantes estaban sometidos a ella. Por eso, las acciones de los presidentes Juan José Arévalo y Jacobo Árbenz, que bregaban por la independencia verdadera de su país, eran inaceptables para la compañía. La UFCO se había apoderado de los ferrocarriles y sus vías, de las tierras bananeras, de los puertos y del sistema eléctrico y las comunicaciones. Todo esto regalado por los dictadores traidores. Ella era el verdadero poder en Guatemala.

Tras las primeras expropiaciones de tierra, el Departamento de Estado, a cargo de John Foster Dulles, abogado de la UFCO, protestaba ante el gobierno de Guatemala, aduciendo que la aplicación de la reforma agraria imposibilitaba la continuación de las operaciones de la UFCO. Guatemala respondió que las expropiaciones se hacían con base en una ley nacional, decretada soberanamente. El Departamento de Estado yanqui siguió insistiendo de manera abusiva y es así como comienza la intriga que culmina con el golpe de Estado en contra del pueblo de Guatemala y su presidente legítimo, Árbenz. Los norteamericanos comenzaron a caracterizar la situación de democracia en Guatemala como dominada por el comunismo internacional y Mr. Dulles la llamaría la “Era de Stalin”.¹

El embajador Richard C. Patterson llegó a la desfachatez de ir al despacho del presidente Árbenz a decirle: “A mí no me gustan los funcionarios Zutano y Mengano y le pido que los destituya”.

¹ Guillermo Toriello, *La batalla de Guatemala*, México, Cuadernos Americanos, 1955, p. 64.

Y en otra ocasión propuso: “Todos los problemas que tenemos con ustedes se pueden arreglar con quince millones de dólares”.²

La UFCO controlaba a los funcionarios más importantes de la administración norteamericana: John Foster Dulles, secretario de Estado, como abogado de la compañía había redactado los contratos abyectos de la UFCO con el Estado de Guatemala; John Moors Cabot, ligado a la compañía, era subsecretario de Asuntos Interamericanos; y en la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) estaba el hermano de Dulles. Esto hizo posible una colaboración entre el gobierno norteamericano y la UFCO en contra de las ansias de libertad de Guatemala.

En esas circunstancias, Kenneth Redmond, presidente de la UFCO, afirma: “De aquí en adelante ya no se tratará del pueblo de Guatemala contra la UFCO, la cuestión se convertirá en ‘el caso del comunismo contra el derecho de propiedad, la vida y la seguridad del Hemisferio Occidental’”.³ Redmond se había hecho el propósito de derrocar al gobierno de Guatemala.

Para esos efectos acudieron a un traidor: Carlos Castillo Armas —reclutado por la UFCO, el Departamento de Estado y la CIA—, quien se hallaba refugiado en Honduras. El traidor recibió asistencia económica de la CIA y del Departamento de Estado para conspirar y armar un grupo de mercenarios a vista y paciencia del presidente Juan Manuel Gálvez, sucesor del tirano Tiburcio Carías Andino, colocado en ese puesto como marioneta por la UFCO, compañía de la cual era abogado y siervo. Castillo Armas reclutó gente en Nicaragua, con el apoyo de Anastasio Somoza, y en Honduras. El material bélico fue aportado por el gobierno norteamericano y se recibió en los puertos y aeropuertos de Honduras con total complacencia de Gálvez. Luego el traidor instaló su campamento en Copán; a la luz del día los mercenarios portaban uniformes y armas, con el respaldo de los servicios de transporte del gobierno de Honduras.

Con el fin de no aparecer como invasor directo, Estados Unidos aprovechó su oficina llamada OEA para imponer una resolución que ampararía la invasión a Guatemala, al mismo tiempo que montaba una campaña internacional denunciando que Guatemala había

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, p. 68.

caído en las manos del comunismo internacional y ponía en grave riesgo el derecho de la propiedad de la UFCO. En Caracas, durante la Asamblea General de la OEA, Dulles doblegó la dignidad de diecinueve representantes de los países latinoamericanos sometidos a los mandatos de Estados Unidos.

La Operación Guatemala tenía dos componentes: la agresión diplomática y la agresión armada. La agresión diplomática se dio con la complicidad de los gobiernos peleles y dictatoriales de América. En Caracas, Dulles impuso una resolución, en el seno de la corrupta OEA, llamada “Declaración de solidaridad para la preservación de la integridad política de los Estados Americanos contra la intervención del comunismo internacional”. Según el Tratado de Río, los países americanos acudirían en apoyo de cualquier república americana atacada por el comunismo, sin embargo era Guatemala la que sería atacada. Los países sabían que aprobar esa resolución era ponerse la soga al cuello, y no obstante sus observaciones, votaron por ella. México fue el único país que se abstuvo. Esta resolución era violatoria de la Constitución de Guatemala y de la de los demás Estados, pues atentaba contra la soberanía, la independencia y el principio de la autodeterminación.

La batalla diplomática la dio Guillermo Toriello, primero como embajador en Washington y luego como canciller de Guatemala; desempeñó un papel histórico de denuncia de la arbitrariedad norteamericana frente a Guatemala, que terminó domeñada por la brutalidad yanqui.

Con el respaldo de la OEA se procedió a la ejecución del plan militar. Castillo Armas abandona con sus huestes Copán e invade Guatemala el 17 de junio de 1954. Las fuerzas fieles al presidente le propinan tremendas derrotas. Honduras había suprimido, por órdenes del Departamento de Estado, los consulados guatemaltecos y acusó a Guatemala de estar detrás de la huelga obrera en los campos bananeros de Honduras, en un acto de tira la piedra y esconde la mano. Mientras tanto, aviones procedentes de Honduras y de Nicaragua bombardeaban la capital.

Guatemala acude al Consejo de Seguridad, pero ahí el embajador gringo impone su criterio de que el asunto debe ser incumbencia de la OEA. En este asunto, el embajador hondureño, el celebrado humanista Rafael Heliodoro Valle, desempeñó un papel vergon-

zoso, junto al criminal representante de la dictadura somocista, Guillermo Sevilla Sacasa. La OEA fue convocada a petición de los siguientes embajadores: Sevilla Sacasa (Nicaragua), Juan Bautista Lavalle (Perú), Gonzalo Güell (Cuba), Rafael Heliodoro Valle (Honduras), John C. Dier (Estados Unidos), Roberto Hertematte (Panamá), Jacques François (Haití), José Ramón Rodríguez (República Dominicana), Fernando Lovo (Brasil), Antonio Facio (Costa Rica), todos estos países gobernados por dictaduras o gobiernos sumisos pseudodemocráticos. Heliodoro Valle ni siquiera consultó a su gobierno pelele porque las órdenes las recibía directamente de Dulles.

Decía que los invasores fracasaron en su intentona, pero el ejército traicionó al gobierno revolucionario e hizo posible su caída. Toriello anota acertadamente en su libro:

El fenómeno de la traición militar es bastante común en la historia política de América Latina. Se localiza generalmente en cierto tipo de altos jefes del ejército, de escasa cultura, burocratizados al extremo por el desempeño de cómodos cargos administrativos, carentes de talento y de emoción nacional, a quienes aterra cualquier perspectiva, aun remota, de verse compelidos a empuñar las armas y a exponer la vida en ejercicio de su deber profesional. Aún más, los acobarda la idea de que un cambio político los halle desprevenidos y les haga perder su muelle manera de pasar la vida, porque se sienten incapaces de ganarse la subsistencia con el sudor de la frente.⁴

El presidente Árbenz, al ver que pierde el apoyo de los militares y para evitar el derramamiento de sangre, dimite, comprometiendo a los militares a no reprimir al pueblo ni echar atrás las conquistas. Carlos Enrique Díaz, jefe de las fuerzas armadas, asume la jefatura del Estado y nombra una junta militar encabezada por él. Pocas horas después de asumir el mando recibe la visita del embajador yanqui John Peurifoy.

La esencia de la entrevista, conforme relata Díaz, fue la siguiente: Peurifoy llevaba una larga lista con nombres de aquellos dirigentes [del Partido Guatemalteco del Trabajo y de las dirigencias obrero campesinas] Iba a exigirle a Díaz que fusilara antes de 24 horas a quienes figuraban en esa lista. ¡Solamente eso! “Pero ¿por qué?”, preguntó Díaz. “Porque son comunistas”, respondió Peurifoy. Díaz se negó terminantemente a mancharse

⁴ *Ibid.*, p. 183.

las manos y el alma con ese crimen repugnante y rechazó las pretensiones de Peurifoy de venir a darle órdenes. “Sería mejor, en tal caso”, llegó a decirle, “que usted se sentara de una vez en la silla presidencial y que iese en el asta del Palacio la bandera de las barras y de las estrellas”. Con un “peor para usted”, Peurifoy se despidió.⁵

Díaz fue derrocado casi de inmediato. Algunos militares y los cadetes se sublevaron y se enfrentaron con éxito a las huestes de Castillo Armas, pero el arzobispo Mariano Rossell Arellano, también cómplice, medió para que los invasores fueran sacados de la ciudad y que los militares volvieran a sus cuarteles con la seguridad de que no les pasaría nada.⁶ En cuanto se acuartelaron fueron despedidos y degradados y algunos perseguidos y asesinados.

Guatemala había regresado al pasado tenebroso de la tiranía y aún no ha logrado salir de ese agujero de ignominia y terror. Los presidentes que han sucedido al traidor Castillo Armas, asesinado por un agente del dominicano Rafael Leónidas Trujillo —otro tirano de su calaña—, han cometido atrocidades en contra de la población. Algunos, arropados en el protestantismo, cometieron crímenes de lesa humanidad exterminando aldeas enteras. Actualmente dirige el país un integrante de esas huestes militares represivas y asesinas, un hombre amoral y de doble nacionalidad que ha llegado a recomponer las cosas para beneficio de los norteamericanos y de la burguesía rural y urbana de Guatemala que mantiene al pueblo indígena en la miseria, el embrutecimiento y el sometimiento total.

La Revolución Guatemalteca derrotada se había convertido en símbolo de América.

Posteriormente, el Fondo de Cultura Económica de México reeditó el libro de Toriello, con algunas modificaciones y sin el complemento de documentos de la primera edición, esta vez con el título *Tras la cortina de banano*.⁷

En 1979 yo acudí a una reunión del Buró de la Presidencia del Consejo Mundial de la Paz en México. Ahí conocí a Guillermo Toriello. Después de la intervención en la que denuncié la situación hondureña me buscó y me ofreció su amistad. En esa oportunidad

⁵ *Ibid.*, p. 189.

⁶ *Ibid.*, p. 224.

⁷ Guillermo Toriello Garrido, *Tras la cortina de banano*, pról. de Luis Cardoza y Aragón, México, FCE, 1976 (Col. *Archivo del Fondo*, núm. 59-60).

me obsequió su libro con la siguiente dedicatoria: “Para el distinguido médico y revolucionario Víctor Manuel Ramos Rivera, con la estimación y el aprecio de, Guillermo Toriello. México, D. F., 2 de diciembre de 1979”. Las sesiones se realizaron en el famoso Hotel del Prado, frente a la Alameda Central y el Hemiciclo a Juárez. Había ahí un mural de Diego Rivera. Posteriormente, el terremoto de 1985 lastimó el hotel, que fue demolido, pero el mural se rescató íntegramente.

Guillermo Toriello era un hombre extraordinario, de agradables modales, afable y de fácil conversación. Se emocionó cuando le conté la historia de su libro relacionada con mis años de estudiante de secundaria.

Después de aquella vez, en numerosas ocasiones nos encontramos en las reuniones del Consejo Mundial de la Paz en Panamá, Costa Rica, Bogotá, Buenos Aires, Cuba, Moscú, Berlín, Varsovia, Helsinki, Copenhague, Lisboa, Atenas y Budapest. Siempre aprovechamos esos encuentros para conversar sobre las calamidades de nuestros pueblos y para reafirmarnos la voluntad de mantener en alto la bandera de la lucha por su liberación definitiva. Yo era un pupilo muy atento. Cuando me tocó ir a La Habana a realizar estudios de especialización durante cuatro años en el área de Anestesiología tuve la oportunidad de seguir compartiendo su amistad y generalmente nos encontrábamos en Casa de las Américas, en los conciertos del Teatro Nacional o en los de la Iglesia de San Francisco. Siempre me mostró su cariño de hombre revolucionario a cabalidad y me hizo partícipe de su sabiduría política y de la teoría revolucionaria y me invadía su fervor revolucionario, su fe en los pueblos y en la esperanza de que pronto América Latina recobraría la independencia por la que lucharon Simón Bolívar y los demás héroes.

Francisco Guillermo Toriello Garrido nació el 11 de noviembre de 1911 en Guatemala, y falleció en La Habana, el 24 de febrero de 1997. Se desempeñó como embajador de Guatemala en Washington y como canciller. Desde esos puestos dio la batalla diplomática en contra de la agresión norteamericana con una dignidad y una valentía sin par, a tal grado que ahora el pueblo lo ha calificado como el canciller de la dignidad. Tras el golpe de Estado de 1954 fue exiliado a México, en donde se dedicó a denunciar la agresión

yanqui. Participó, en San Francisco, California, en las sesiones de fundación de la ONU en 1952 y 1953. En 1979 se incorporó al Frente Sandinista de Liberación Nacional para combatir junto al pueblo revolucionario de Nicaragua. Luego se trasladó a Cuba, donde fue cofundador y presidente del Tribunal Antiimperialista de Nuestra América, desde donde desempeñó una tarea fabulosa de denuncia de las atrocidades del imperialismo en América y el mundo, sobre todo en Vietnam. En 1996 retornó a su país natal para presenciar la firma del acuerdo de paz entre la Unidad Revolucionaria Guatemalteca y el gobierno, acuerdo que no fue cumplido por éste.

Su brillante carrera de revolucionario le hizo acreedor a las siguientes distinciones: Orden del Águila Azteca, de México; Orden del Libertador Simón Bolívar, de Venezuela, en donde fue recibido por el pueblo; Orden del Sol, de Perú; Medalla otorgada por Libia; varias medallas otorgadas por el gobierno de Cuba, entre ellas la Orden Playa Girón; Doctorado *Honoris causa* por la Universidad de La Habana; Doctorado *Honoris causa* por la Universidad de San Carlos de Guatemala y muchos reconocimientos más. Sus libros: *La batalla de Guatemala* (México, 1955), *¿A dónde va Guatemala?* (1995), *Tras la cortina de banano* (México, 1976), *Guatemala, más de veinte años de traición* (publicado en Guatemala, Venezuela y Cuba), *Agresión imperialista contra dos revoluciones* (Managua, 1983).

Su obra más grandiosa es haber batallado por la Revolución Guatemalteca, por la Revolución Sandinista y por la dignidad de los pueblos de América Latina en contra de los crímenes del imperialismo.

Una presea valiosa para mí fue su limpia amistad.

RESUMEN

Reminiscencias personales en torno a la Revolución Guatemalteca de 1944 (conocida como Revolución de Octubre) y su posterior derrocamiento en 1954 con la complicidad de los países integrantes de la OEA, fundamentalmente Nicaragua y Honduras, y la OEA misma. Se enfatiza la figura de Guillermo Toriello (1911-1997), quien participó en dicho proceso, especialmente como embajador de Guatemala en Washington y canciller del gobierno democrático del presidente Jacobo Árbenz. Se cita y glosa su libro *La batalla de Guatemala*, publicado por Cuadernos Americanos en 1955 y reelaborado como *Tras la cortina de banano* en 1976.

Palabras clave: Centroamérica siglo XX, Revolución de Octubre Guatemala, gobierno Jacobo Árbenz (1951-1954), imperialismo, United Fruit Co., Organización de Estados Americanos.

ABSTRACT

Personal reminiscences of the Guatemalan Revolution in 1944 (known as the October Revolution) and its later overthrow in 1954, backed with the complicity of member states of the Organization of American States (OAS), particularly Nicaragua and Honduras, and the OAS itself. The author emphasizes the role played by Guillermo Toriello (1911-1997) in this process, mainly as the ambassador of Guatemala in Washington and chancellor of the democratic government of Jacobo Árbenz. His book, *La batalla de Guatemala (The Battle of Guatemala)*, published by Cuadernos Americanos in 1955 and later reworked and published as *Tras la cortina de banano (Behind the Banana Curtain)* in 1976, is here quoted and discussed.

Key words: Central America 20th century, Guatemalan October Revolution, Administration of Jacobo Árbenz (1951-1954), Imperialism, United Fruit Co., Organization of American States (OAS).